



Moros y Cristianos



por
ANTONIO INIESTA

Hace días, mejor noches, que contemplé un programa de televisión que giraba alrededor de esta pregunta: ¿Debemos seguir al Papa?

En estos programas, según la moda vigente, hay señores (y señoras) invitados, unos a favor del Sí y otros a favor del NO. Televisión, sea el canal que sea, supongo que lleva a invitados de una reconocida manera de pensar en uno u otro sentido, y siempre contando con la capacidad de respuesta dentro y fuera de la moral cristiana.

Yo creo, y pecaría de mentiroso si no lo dijera, que el que hace las invitaciones arrima el ascua a su sardina y siempre está muy atento de no dejar escapar lo que él cree en la materia. Él va a ser un moderador del tema y sería un mal presentador si se decantara a favor de unos o de otros.

Estos programas donde intervienen más de dos interlocutores, más que un tema a discutir, parece una lucha de barrio, donde todos hablan a la vez y nadie escucha a nadie, donde unos son aplaudidos y otros silbados, pues el público, también invitado, ya no es un ente callado y respetuoso con el ponente, sino que expone su acuerdo o su desacuerdo armando un guirigay que en el peor de los casos termina en un berrido, sobre todo cuando ve que el burro del vecino se mete a comerse sus pastos, cuando lo que dice uno de los dos bandos no coincide con su teoría. Todo el aforo del programa lo llena generalmente gente joven que arma un escándalo tal que el orador de turno se queda hablando al vacío. Allí nadie sabe lo que está diciendo, sobre todo si se trata de la moral cristiana, que es la que al parecer les toca las fibras sensibles, recortando posibilidades instintivas a sus deseos de felicidad. Todo esto da una idea bastante clara de la degeneración y del mal gusto de algunos programas televisivos. Lo importante son esos señores de ambos sexos que van a

batir el cobre, los que van a dirimir sus ideas, en unos movimientos casi olímpicos de esgrima sin que importe el «touchet» o la primera sangre. Van cada uno a lo suyo, sobre todo los del NO, engolando la voz en una revoleira casi taurina.

Es muy curiosa la manera cómo cada cual defiende su teoría, sobre todo en estos programas de marco o matiz religioso, cuyo meollo siempre gira alrededor de que Dios no existe y de cómo vive la Iglesia, de cómo se comporta con el mundo que le rodea, sobre todo con esos pobres que se mueren de hambre, piedra de toque de tantas controversias en las que se presenta a Dios como un ser egoísta que no es capaz de evitar el mal que hacen los hombres. (A esto contestaré en un próximo artículo).

Los que comulgan con estas ideas, que suelen ser los del NO, irrumpen en el terreno teológico de forma avasallante, imponiendo su credo negativo de una manera mediatizada por la soberbia, haciendo alarde de una cultura religiosa aprendida, pero no sentida, y se pavonean con toda la seguridad del que está en posesión de la verdad. Y éste es uno de los primeros errores que cometen, pues nadie está en posesión de la verdad, ni siquiera el más creyente. La fe es piedra angular del hombre religioso, la fe es motor que mueve las almas hacia Dios, pero la fe se desarrolla sobre las cenizas de las dudas, que en forma de tentaciones intentan invadir y colonizar el mundo interior del cristiano. El cristiano vive con las dudas, las tentaciones sobre la fe a veces le acosan de una manera despiadada, vive con ellas, dirime con ellas, ama con ellas, se hace santo con ellas, pues justo es decirlo, la santidad, motivo y fin del cristiano, llega al alma del justo escalando las cotas más altas de nuestras debilidades.

Cuando señalamos a alguien como santo, lo hacemos pensando que no está tentado, que carece de malas inclinaciones. Craso error, pues

el santo, que es un hombre, está sujeto a las mismas pruebas que nosotros.

Volviendo a lo que antes decía, es curioso observar cómo en este clima de controversia, los que defienden el Sí, por educación, por timidez, porque tienen miedo a soltar una frase equivocada que haga saltar las vidrieras de las catedrales (es broma), o porque no están suficientemente preparados, buscan colocar, allá para cuando, una palabra de canto, porque el adversario no les deja otra forma material de hacerlo, y se defienden de las acusaciones con las que les petardea el del NO con voz opaca, como asustados, pues observan que el adversario es inteligente y mueve los hilos de su trama con sabiduría de mecánico. A veces grita y vocifera, atrayéndose el favor del público, que le aclama. Pero no hay por qué asustarse. Ya lo dijo Jesús: «Verdaderamente los hijos de las tinieblas son más astutos que los hijos de la luz».

Dios, que es el tiempo, ya vio cómo este hijo le negaba y también vio a estos hijos temerosos que vienen a defenderle -como si Dios necesitara defensa- llenos de palabras que no dicen y que se las vuelven a llevar en el fondo de su corazón.

SONETO

*¿Adónde vas, Jesús, no oyes el ruido?
Están sembrando cruces por el suelo,
frená tu pie, elévate en un vuelo,
que hay una cruz que busca tu latido.*

*Ay mi Jesús, te dejarán herido,
el hombre ya no ve tu desconsuelo,
ha rasgado de tu casa el velo,
de todo su temor, no sé qué ha sido.*

*Qué pasa de su fe, qué de su duelo,
qué llega al corazón equivocado
con tanto desamor y tanto anhelo.*

*El hombre necio está de su recelo.
Adónde vas Jesús, el Enviado,
si han clavado tu Cruz bajo tu cielo.*